

---

## EL HOMBRE DE MÉXICO.

---

Cuando el General Victoriano Huerta regresó triunfante de su admirable campaña en el Norte de la República, por más que en la conciencia pública estuviese la persuasión clarísima de la enorme significación moral y material de esa campaña, no le fueron otorgados los justos honores que en toda patria se tributan a quienes la salvan, por sus hechos magnánimos o por sus actos heroicos. Alrededor de la esforzada epopeya se extendió pesadamente una vasta conspiración de silencio. La prensa oficial o semioficial habló pasajera y parsimoniosamente de aquellos triunfos, confundiéndolos de mala fe con las escaramuzas de que a diario eran protagonistas aquellos capitanes irrisorios del Ejército Libertador, que sobre sus cráneos bravíos y a falta de otro lírico penacho, no tuvieron escrúpulo en colocar el abominable sombrero tejano. Por deliberado propósito, a la vez que por miopía y por ignorancia de lo que la campaña del Norte significaba social y militarmente, se habló de ella sólo en lo que al Gobierno aprovechaba, y, sistemáticamente, se restaron y escatimaron las justas alabanzas a quien concibió con alta inteligencia, realizó con prodigiosa organización y llevó a su fin, inexorable y victoriosamente, esa magna obra, capital orgullo de nuestra historia militar moderna.

Mientras en este caso la prensa callaba, comentando en cambio, con toda la resonancia de sus ecos, los empachosos discursos de los "leaders" demagógicos, el señor General Huerta, que había reci-

do la breve y rígida expresión de la gratitud oficial, colaboraba con su modestia característica a esa maquinación de sombra y de silencio en derredor de su propia obra. El, que hubiera podido provocar las ovaciones presentándose en asambleas y sitios públicos, desapareció apenas llegado a la Metrópoli, reclusándose en su hogar y evadiendo aún las congratulaciones de sus más íntimos amigos. El, que legítimamente hubiera podido rodearse de la pompa y el cortejo de un alto Jefe del Ejército, y revestir su cuerpo con los entorchados, las insignias y las condecoraciones, doradas a fuego por el sol de las batallas, disimulaba su personalidad con el más modesto traje civil; y, en una palabra, lejos de reivindicar méritos, parecía esforzarse en disimular los, quizás con la convicción íntima de los hombres magnánimos para quienes los actos de que son autores resultan pequeños comparados con la excelsa magnitud del ideal en que sueñan. Tal es sin duda en el General Huerta y en todos los hombres ilustres, el proceso psicológico de la modestia que sella sus actos, y que para el vulgo tiene apariencias menos significativas.

Pero a pesar de esa obra empeñada en relegar la magnífica campaña del Norte al acervo de los sucesos comunes y triviales; a pesar de esa sobria modestia con que el héroe de sus batallas desvanecía y disimulaba su personalidad y su vida, la conciencia nacional sentía ya presentimientos y vislumbres.

Los ecos de los cañones de Rellano habían provocado una reacción de optimismo en todos los espíritus. Especialmente el Ejército refrendaba su prestigio, y la sociedad comprendía que en esas cohortes estaban su salvación y su defensa contra las hordas vandálicas que en nombre de la Libertad, abrían las cárceles, saqueaban los poblados, ultrajaban y escarnecían, como en Torreón y Covadonga, los más sagrados fueros de la civilización y de la humanidad.

Otro hecho de igual trascendencia tonificaba el espíritu público y hacía renacer sus más nobles y legítimas esperanzas. Desengañado el pueblo por

su ídolo que tan insólito y frenéticamente había encumbrado, convencido de su total ineficacia para contener la relajación de todo deber, la veneración y el atropello de toda ley, la anarquía, en fin, que se propagaba por doquiera; desengañado y angustiado con el pánico de la catástrofe presentida, y el supremo anhelo de la salvación anhelada, el pueblo comenzaba a ver en torno suyo, "buscando a un hombre."

Con ansia, con anhelo, con desesperación, un pueblo buscaba a un hombre: al hombre que, en las grandes crisis nacionales, surge inevitablemente ante los ojos de la Patria, pero que en esos largos momentos de angustia y desesperación tardaba demasiado en llegar. . . .

Un hombre de simple clarividencia y de energía simple, pero proporcional a la magnitud del desbordamiento anárquico. Un hombre sin palabras, porque de las palabras, de los discursos declamatorios e interminables, de las promesas sin cumplimiento, de las digresiones desesperantemente locuaces al borde del abismo que se abría, estaba la sociedad desengañada, ofendida, cansada, asqueada. Un hombre sin palabras; pero un hombre de acción, era lo que el pueblo anhelaba y en aquellos instantes presentía. Los conservadores radicales anhelaban la pasada dictadura; los evolucionistas moderados confiaban su salvación a un hombre del temple de un dictador capaz de respetar las reivindicaciones a medio conquistar por el último movimiento. Y el anhelo general sufragaba por un militar de puño de hierro, que ante la anarquía y la revuelta no tuviera contemplaciones, y al aniquilarlas redimiera y salvara el ideal común, los intereses de todos, la vida misma de la Patria, condensada no en los aludes de discursos, ni en la incansable locuacidad fonográfica de un apóstol teorizante, ni en los torrentes de vocablos sin significación, ni aplicación, sino en una sola y breve palabra, en sólo tres letras: ¡PAZ!

Y por todo eso, cuando el pueblo mexicano, poseído por ese anhelo, pero abatido y postrado por la desesperación, levantó la frente al tronar de los

cañones de la División del Norte, y hacia el Norte tendió la vista, recortando su marcial y austera silueta sobre el cielo auroral de la victoria, entre el épico rumor de las dianas triunfantes, de pie sobre los gigantes basaltos de Bachimba, el pueblo distinguió a su hombre.

Ese hombre era el viejo militar, el héroe flamante, el GENERAL DON VICTORIANO HUERTA.

\* \* \*

Porque por su propio y admirable esfuerzo, el héroe ascendió hasta aquellos excelsos basaltos, pedestal de su prestigio por él mismo labrado a cañonazos; porque con él y en su propia diestra victoriosa, flameaba muy alto al viento del triunfo la bandera de la Patria, toda la Nación pudo verlo . . .

Algunos, en la épica figura del triunfante divisionario, vislumbraron vagamente al hombre presente y esperado, con más instinto que comprensión. Otros comprendieron lo que en aquella altura y después de aquella obra significaba aquella aparición, y temieron que los rayos de aquel prestigio que ascendía y culminaba, nublaran el mortecino fulgor de otros espíritus que, en un crepúsculo de impopularidad, descendían hacia la sombra, y así se explica que un prudente silencio haya ahogado todas las resonancias y todos los fulgores de una obra admirable y de un hombre magnánimo y heroico.

Y en medio de ese silencio y de esa obscuridad, entre el mutismo de la prensa que calló en esos días, no encontrando prudente prodigar honores y elogios a quien tan justamente los merecía, cuando loar al señor General Huerta no acarrearía provechos sino peligrosos desagradados, cupo al que esto escribe, movido por el imperioso entusiasmo que provocan las grandes acciones, escribir y firmar el artículo que sirve de prólogo y de compendio a este libro; artículo panegírico que termina así:

"Hay que apartar los ojos de la venganza inno-  
ble y del bajo rencor y levantarlos a lo alto, adonde  
brillan glorias como la que he intentado consagrar

en estas líneas; genios que, como los de todos nuestros héroes, como el genio militar del General Don Victoriano Huerta, brillan sobre la tierra convulsa, lucen con rayos de oro en zodiaco de la patria y hoy la iluminan y mañana la guiarán como los astros del cielo guían a las naves sin rumbo en medio de la noche oscura y del océano proceloso!"

El que cuando el señor General Huerta estaba lejos del poder expresó tan claramente sus convicciones y sus esperanzas, tiene el derecho ahora, de hacer constar cómo esas esperanzas y esas convicciones se han confirmado, y el deber de descubrir los méritos singulares que integran la alta personalidad del heroico vencedor de Rellano, hoy Jefe Supremo de la Nación. Esa obra es de justicia y de alto civismo, siquiera porque hoy, a despecho de nuestro patriotismo, la prensa amarilla americana osa discutir a nuestro Primer Magistrado como si se tratara de un "cow-boy", "sheriff" en algún condado de negros . . .